

ENTRE LA NIEBLA Y EL FUEGO

ANTOLOGÍA DE CUENTOS PARA EL ATARDECER

COMPILACIÓN DE:
JULIA ALVARADO CASTELLANOS
ELIANA CONSTANZA RUÍZ QUINTERO



Juan D Castellanos
Fundación Universitaria



Antología de cuentos para el atardecer

Entre la Niebla y el Fuego

Compiladoras:

Julia Alvarado Castellanos
Eliana Ruiz Quintero

Contenido

Introducción	7
Prólogo	11
Nubes de algodón <i>Elizabeth Franco y Sebastián Larrota</i>	17
Danza del Ocaso <i>Alejandro Álvarez</i>	23
La Dama de la Juan <i>Dayana Paola Cabra Galeno</i>	27
El Joven de las hojas <i>Karen Dayanna Gil González</i>	31
Un viejo y desgastado vaso azul... y plástico <i>Ana Betzabé Manrique Bustacara</i>	35
La casualidad y tú <i>Víctor Alonso García Coronel</i>	41
La Crisis más profunda <i>Adelinda Numpaqué Sarmiento</i>	45
El Príncipe Camaleón <i>Yeimy Lorena Merchán</i>	49

La profecía cumplida	
<i>Lizeth Sofía Gómez Sierra</i>	55
La travesía del guerrero Jael	
<i>Jorge Prieto</i>	59
¿Dónde estoy?	
<i>Ángela Marcela Sánchez Samacá</i>	65
El guardián de las alcantarillas	
<i>Lizeth Lorena Pulido Monroy</i>	69
Un dragón volador	
<i>Laura Judith Rubiano Velandia</i>	75
Recuerdo en un milagro	
<i>Efraín Gómez Matamoros</i>	81
La historia de la echada del cuento	
<i>Luis Amaya</i>	85
El robot que quería estudiar Derecho	
<i>Gustavo Adolfo Venegas Velásquez</i>	89
Gomitola	
<i>Mariam Moreno</i>	93
Un libro, otro mundo	
<i>Daniel Felipe Salazar Rojas</i>	97
El poder de un sueño	
<i>Wilmar Gerardo López Sánchez</i>	103
Cautivo por el amor	
<i>Eliana Ruiz Quintero</i>	109
Sacrilegio	
<i>Julia Alvarado Castellanos</i>	115

Introducción

- Darío Vargas Díaz -

Miembro de la Academia Boyacense de la lengua

Que el mundo real, es decir, todo lo que se realiza por fuera de nuestra conciencia, siempre nos juega una mala pasada, tal vez sea cierto. Es por eso que no confiamos en él. Decía un conocido filósofo, que hay que desconfiar de nuestros sentidos porque mienten. Ya el realismo mágico dio cuenta de que la realidad supera la ficción, pero para que esto se materialice se hace necesario transgredir el ángulo de llegada a esa realidad, es decir, tener una visión estética del mundo que nos rodea, lo que significa “ver con los ojos del espíritu”, no “mirar con los ojos de la razón” (como corresponde a la ciencia), sino con una dosis especial de imaginación y de sensibilidad. Lo paradójico es que por este camino del arte se llega también a las mismas conclusiones a las que llega la ciencia, porque la visión estética del mundo corresponde al arte.

Por esta razón, esta “duda metódica” sobre lo real, es el principio esencial de “lo literario”. La literatura crea una realidad nueva sobre lo fáctico y esta dosis de apariencia con la estructura técnica del lenguaje que es la materia prima de lo literario da campo a lo sensible y lo imaginario. Por eso, se habla de expresar de manera bella, agradable y sensible el mundo lógico y funcional, que deja de serlo y se convierte en cuento, poesía, novela, cine, pintura, teatro. Este solo acercamiento es una ruptura, un desgarramiento, una luz intensa que obnubila la mirada como en “el mito de la caverna de Platón”; el artista, el escritor, se convierte en un sujeto abstracto-cognoscente y rehúye el sujeto práctico-utilitario, con la intención de “volar”. Es de ese encuentro desgarrador en que nace el poema y el Cuento, con mayúscula, que es una categoría de lo literario compleja, soportada en lo que se cuenta y unida a una forma de contarlo, que despierta en el lector la catarsis de un desenlace impensado. La dosis de suspenso que brota de la historia o de la condición existencial interna del escritor.

Algo de todo esto hay en la selección de cuentos que conforma este libro. Si bien es cierto, que es una antología de iniciados, que oscila entre la búsqueda de un naturalismo exaltado y una desbordante imaginación infantil; hay allí talento para cultivar, máxime si tenemos en cuenta que es una convocatoria universitaria en donde confluye una diversidad de anhelos y secretas aspiraciones. Forma de ver un “mundo”, de expresar condiciones existenciales internas desgarradoras y

contradichas, como de sensibilizarse en el “mundo social” contradictorio en el que se mueven los jóvenes.

De seguro, en esta antología de cuentos, se encontrará algo de las variantes descritas siempre tendientes a mejorar el oficio de escritor. En general, hay un buen uso del lenguaje y la gramática, y una predisposición a expresar profundos sentimientos y valores. Hay en algunos cuentos, un talento potencial hacia la literatura infantil como género y de eso dará cuenta el lector no avisado. De hecho, la oportunidad de ser publicado es ya un estímulo importante de parte de la universidad, todo porque sin el lector la literatura no existe, ya que en el contacto final con este se realiza a plenitud el hecho de hacer literatura y se espera que se convierta en una política institucional a través de otros géneros como la poesía. Felicitaciones a la Fundación Universitaria Juan de Castellanos, por la iniciativa y agradecimientos a los organizadores por elegir la Academia Boyacense de la Lengua para este pequeño prólogo.

De manera conclusiva, queridos lectores dejamos a ustedes para su provecho, este abanico de sensibilidad e imaginación que estoy seguro se lo van a disfrutar.

Prólogo

Son muchas las historias que se desean contar, cada una de ellas queriendo transportar a los lectores por un viaje de sueños, imaginación, fantasía, ilusiones y, por qué no, de realidades. Es así, como con este libro de cuentos, escritos por estudiantes de diferentes programas académicos de la Fundación Universitaria Juan de Castellanos, de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia y otras universidades de Tunja, se han querido publicar maravillosos relatos, cada uno de ellos con significativos mensajes; invitando a quienes tengan la oportunidad de leerlos, que disfruten cada cuento y que saboreen con gusto las líneas que cada escritor ha dejado en estos textos.

No hay duda que cada autor ha puesto su toque, su magia, su encanto, en estas líneas, escritas con amor y pasión, sin tener que sentirse oprimido al querer expresar lo que desea; son espacios donde ellos logran encontrarse a sí mismos, donde gracias al *lápiz y papel*, traspasan los límites de sus pensamientos y gozan de un

mundo desconocido, pero a la vez atractivo, pues la escritura es un viaje sin fronteras, sin barreras, donde los sentimientos desempeñan un papel importante... y así es como usted, querido lector, descubrirá con cada cuento que lea en este libro, un corazón valiente y diferente.

En algún momento, todos recuerdan cuando eran niños, les gustaba que llegara la noche, que la luna estuviera expuesta a la luz de la ventana, para que mamá, papá o la abuela, sacaran de la biblioteca el cuento “favorito”, ¡sí! el cuento que más le atraía al niño, el cuento que le ayudaba a conciliar el sueño y que le permitía viajar en el tiempo; era interesante, no importaba si todas las noches le leían el mismo cuento, porque las fantasías eran diferentes, ¡era maravilloso! cuando se empezaba a escuchar esa variedad en las voces de la lectura, algunas graves otras agudas, o las de suspenso o admiración, ¡inquietantes!, eso no se olvida, por eso los cuentos cuentan y siguen contando para muchos, en el arte de la escritura.

Al escribir estas maravillosas historias, se pretende dejar una huella en el corazón de cada lector, para que se cautive y se deje impregnar del olor y sabor de la escritura, pero también del aroma contagioso de la lectura. Recordar es vivir, no deje a un lado ese niño que se estremecía y emocionaba cuando le leían cuentos; siga soñando en el viaje del tiempo, sin importar la edad; permita que la luna ilumine su ventana y su mente; y, lo más importante, abra su corazón para disponerse a leer estos

cuentos. No mire el reloj, solo abra la primera página y empiece a navegar en ese barco que usted siempre ha soñado dirigir, usted pone las pausas, recuerde ¡es libre!

Cada hoja que ojea y cada hoja que lea, solo serán la pauta para seguir leyendo. Hoy en día, los jóvenes solo piden a gritos la necesidad de poder expresarse y qué mejor que sea a través de cuentos, donde las voces se unen y transmiten su sentir y vivir, para no permitir que el corazón deje latir. Así es como se pone a disposición esta antología de escritos boyacenses, para que sigan apoyando y motivando a todos los jóvenes, sin dejar de seguir escribiendo, porque es allí donde se da el *cambio, en las letras, en el sentido del texto, en la magia del cuento.*

Entre la niebla de la ciudad y el fuego ardiente de estas líneas, se encuentra una variedad de emociones, deleite, placer, sufrimiento, locura; mejor dicho, esos condimentos que pueden darle sabor a la vida; son relatos, algunos fantástico, otros de amores trágicos e imposibles, donde los protagonistas hacen que el lector quede inmerso en esas horas de la tarde, para poder imaginar y viajar a través de la lectura, saliendo un momento de la rutina del día, deteniéndose por un segundo para viajar a la fantasía, y ser testigo de amores, desamores, tragedias, de juegos, de los poderes de los sueños.

Cuentos para el atardecer y para finalizar la jornada, para evocar sueños inimaginarios, para viajar en nubes

de algodón hacia un mundo sin guerra, para acompañar la travesía del guerrero que va en busca de algo más que ganar una batalla, para bailar la melodía del atardecer al son de la danza del ocaso, para descubrir detrás de hojas verdes y tiernas, el árbol de la vida y endulzar la vida con gomas de diferentes colores y sabores.

Es esta una ocasión para que usted, querido lector, termine su jornada, y lo acompañen historias entrañables de nuevos autores colombianos, para que en compañía de los últimos rayos del sol, se deleiten ante un sabor único de beber en un viejo y desgastado vaso azul.

Entre la niebla y el fuego es una antología de cuentos para el atardecer, pero también puede deleitarse a cualquier hora del día, de la noche, de la madrugada, solo o acompañado, con una taza de café o una taza de té, para –entre las líneas– preguntarse: ¿dónde estoy?, ¿Qué me lleva a volar en un dragón hacia otros sueños, cautivo por el amor, por la pasión, por el deleite de saborear frutas prohibidas y, finalmente, llegar a cometer sacrilegio en cualquier momento inesperado de la vida. De usted depende el que termine de leer este libro, ¡sí!, pero feliz, al querer conquistar estas aguas que solo le brindan oportunidades de encontrar otros mundos.

¡Feliz viaje!

*Eliana Ruiz Quintero
Julia Alvarado Castellanos*

*“Cada escrito es una
huella que vuela”*

Las compiladoras

Nubes de algodón

- Elizabeth Franco y Sebastián Larrota -

¿Érase una vez? No, empecemos esta hermosa y mágica historia con otra palabra mejor, remplacemos el érase una vez por un soleado día tras las montañas verdes de emociones, del cielo azul más parecido al color del amor y bajo un árbol de manzanas rojas, parecidas al sabor de un beso de mamá, se encontraba ella, Aanisa.

Aanisa era una niña blanca de ojos profundamente azules como el mar, con labios rojos como la manzana que estaba observando, acostada en el suave y delicado pasto. Ella, tan solo con 10 años vividos, con una muñeca de trapo en sus manos; se preguntaba por qué no podía ir a esa deliciosa nube en forma de algodón de azúcar que se encontraba tan cerca a sus ojos; meditó durante una hora el porqué no podía perderse entre algodones de azúcar, por qué no podía alzar vuelo

y escapar, así fuera por unos segundos, de los absurdos monstruos que reventaban sus oídos con sus sonidos fuertes que hacían temblar su corazón, que zumban en su alma como ecos que se devuelven como si no quisieran dejarse ir nunca, escapar de esos miedos que, día a día, tenía que arrastrar junto a ella, como si llevara en su tobillo amarrada una sombra de tristeza y violencia, soñó, imaginó cada paso, sintió la suavidad de la nube entre sus pies, lanzó una hermosa sonrisa y ... despertó, mientras la deliciosa nube se perdía en el sublime azul del cielo; se levantó, alzó su muñeca de trapo con un ojo caído, es la única muñeca que le ha dejado el monstruo de la guerra, y se apresuró a casa donde ya sabía que le esperaba un inevitable castigo, uno de esos que no duelen, que se curan con un abrazo. Aceleró el paso, la tarde oscurecía, el viento se hacía más denso, más frío, más pesado, como si a medida del tiempo sintiera el miedo, como si ya supiera que el monstruo sale de repente, corría, corría, corría y sentía que jamás iba a llegar... y de pronto ¡PUM! Explosión, gritos, llantos, y, en medio de su camino, salió él, el horrible monstruo llamado guerra, con ojos grandes grises del color del humo, con brazos grandes de cenizas y un cuerpo de aire que se perdía en el cielo opacando así sus grandes ilusiones, sus ganas de vivir, ella se detuvo, dio dos pasos atrás y de un brinco lo esquivó, corrió hasta que llegó a casa.

En la puerta, estaba ansiosa su madre quien siempre le ha enseñado el arte de vivir soñando, y ha querido brindarle un mundo mágico de nubes de algodón, un

mundo en el que Aanisa sea muy feliz saltando como resorte, volando sobre el tibio aire que acaricia su bella cara y da formas a sus cabellos rubios de nube en nube, como si su tristeza y dolor no pesaran. Pero, su madre sabía que, lejos de esta magia, había una realidad angustiosa y una incertidumbre cuando Aanisa estaba fuera de casa, así que al verla llegar la abrazaba con la alegría de tenerla una vez más en casa, sana y salva, son monstruos con los que ellas dos conviven a diario, artefactos que de repente les pueden arrebatar su felicidad en minutos o quizá segundos; artefactos que a Aanisa (quizá en sus paseos de imaginación, maravilla y felicidad) la puedan alcanzar.

Aanisa ha crecido un poco, en un mundo lleno de violencia y dolor. Su pensamiento de malicia militar empieza a florecer para defenderse a fuego, los soldados se dispersan entre los árboles adentrándose en las montañas. Al cabo de unos minutos, se encuentra sola. Detiene su carrera, está sola. Aún se escuchan disparos a lo lejos, quiere descansar, su posición es boca abajo con su fusil de frente. Después de unos minutos, todo en silencio. Empieza a pensar que ya se han olvidado de ella o quizá, y lo más probable, es que ella misma se esté olvidando de ella. Entre tanto silencio, escucha pasos trozando ramas y hojas secas en el suelo, su corazón late más rápido, su adrenalina aumenta, sí, desde su lugar se desata una lluvia de disparos, presiente al enemigo, entre arbustos busca rápidamente girando su cabeza y sus ojos desde todos los ángulos observando. Sus oídos atentos y

afinados al siguiente paso. Lo detecta y está justo a su izquierda, es un niño también armado. Se acerca un poco arrastrándose por la tierra, no hay sospecha alguna por su parte de su presencia, empieza a pensar en dos opciones: o es mi vida o es la de mi enemigo.

Se levanta rápidamente, las ramas se mueven, hacen ruido. Mientras el niño voltea a mirar, ella ya está ubicando su visor del fusil apuntando en su cabeza, pero lo observa durante un buen rato, se da cuenta que es alguien como ella, que está dejando su hermosa niñez por estar involucrándose en una guerra absurda, una guerra sin sentido. Decide bajar su fusil, desarmar su corazón, lo sigue con la mirada, decide en medio del miedo que le hace vibrar su corazón acercarse a él suavemente, él la observa y ella le dice que no diga nada, que mantenga su respiración. Él, con una hermosa sonrisa, baja su arma, toma su mano suavemente, ambos deciden dejar su fusil al lado y empiezan a caminar por entre las montañas, a perderse en el suave sonido del viento y, en medio de lágrimas, deciden emprender un largo viaje que les haga olvidar todos los artefactos que más de una vez rompieron sus almas, que les arrebató sus familias y que por eso decidieron unirse a la guerra; que dejaron a su paso heridas y secuelas de destrucción, se dan cuenta que la mejor manera de reponerse de tanto sufrimiento es el AMOR, que este tiene la magia de cambiar la vida, sanar su corazón...

Deciden perdonar sus almas, y empezar de nuevo, ambos corren y corren a la felicidad, anhelando que la guerra algún día acabe, y sabiendo que el primer paso para eso es perdonar, vuelan juntos hacia un mundo utópico y se pierden en él, decidiendo así ser felices por siempre.

Fin

Danza del Ocaso

- Alejandro Álvarez -

Estoy atrapado. Despierto en el mismo sitio que ayer, rodeado de los mismos muebles, y sintiendo la misma presión sobre el pecho. Observo el techo y su insulso color. Hago a un lado las cobijas que tengo encima y pongo los pies sobre el suelo, frío y áspero. Sin esperar, te veo, estás tras la puerta entreabierta que tengo al frente. Me molesta tenerte presente en mi día tan temprano. Te pido que te vayas, que te alejes, pero ni te inmutas. Es como si mis palabras no fueran dignas de ser oídas por ti. Decido ignorarte hasta que salgo de casa. De forma inocente, tengo la esperanza de que no me seguirás, pero lo haces. Sales detrás de mí. Estoy atrapado. Las calles están atestadas de personas, pero vacías de emoción, de vida. Me sigues el paso con prudencia. Sabes que detesto que caminen delante de mí. Vas a mi lado, callado, ni muy lejano ni muy distante. Te limitas a mirarme de reojo mientras me distraigo

admirando las vitrinas repletas de postres que se ven deliciosos o las ofertas de las librerías que están en mi camino. Poco a poco, me voy acostumbrando a tu presencia y me hago la idea que, quiera o no, estarás conmigo todo el día, o al menos lo que queda de él. Cuando llego al parque, ocupo la única banca vacía que está cerca del estanque. Disfruto observar el baile que hacen los patos sobre la superficie del agua. El viento golpea mi rostro con sus gélidas ráfagas repletas de historias y experiencias, resultado de sus viajes alrededor del mundo. En esta época del año, las corrientes de aire tienen voz propia y se hacen escuchar por los transeúntes de los lugares que frecuentan. Tienen mil recuerdos por susurrar a los odios de los curiosos, de los indolentes y de los frágiles de corazón.

Desde hace unos días, tomé el hábito de sentarme a ver las hojas caer durante el ocaso. Me encanta verlas bailar al ritmo de los sutiles y leves céfiros que rondan por ahí. Mientras las observo con detenimiento y asombro, me pregunto si debería saltar también desde mi hogar para aventurarme a nuevos horizontes. Estoy atrapado. Muchas veces deseé charlar contigo. Lo intenté con café, vino y limonada, pero nunca logré captar tu atención. De ti nunca algo más que un resoplo o un suspiro. Sigo a la espera de una respuesta, una queja, una rabietta... Ahora que lo pienso, jamás estuviste interesado en mis dilemas, dicotomías, ambivalencias, sueños, frustraciones, temores o deleites. Nunca tuve la oportunidad de cuánto disfruto de un cigarrillo al atardecer

mientras la melancolía me invade por la obra literaria que leía de regreso a casa o cómo llegué a sentir temor por el silencio de la madrugada, justo antes del cacareo del gallo del vecino. Tengo la ilusión de que algún día escuches cuanto tengo por decir.

Si el silencio dice más de mil palabras, tus intermitentes intervenciones merecen un reconocimiento de escala mundial. Si tu indiferencia fuese escrita con la tinta de algún talentoso con las letras, serías la obra más extensa jamás concebida. Estoy atrapado. El sol ya se escondió por completo, y en su remplazo aparece una burlona sonrisa en el oscuro lienzo celestial. Siento que me mira con lástima y miseria, pero debe ser solo una impresión ¿Cómo sería capaz de notar cuán vacío estoy? Sin notarlo, estoy completamente solo en el parque. Hasta los patos ya se marcharon, sin despedirse, sin graznar, sin hacerse notar. Solo estamos tú y yo bajo un cielo, con exceso de estrellas, pero escaso de brillo. Admiro la calma del agua contenida en aquel estanque. Pareciese imperturbable ante lo menesteroso que resulta el mundo en estos días. Decido mirarte y preguntarte qué piensas sobre el sosiego del estanque, a lo que respondes mirándome y dándome la espalda. Luego, me dices, sin emoción y como de costumbre, que ya es tarde y que me esperará en casa. De una u otra forma, siempre haces lo que te viene en gana. Solo te vas, sin explicación ni retraso y me dejas atrás, a merced de desconocidos e indolentes ejércitos de sombras, que aguardan bajo los árboles hasta el momento de acechar

una víctima. No te respondo. Ya estoy acostumbrado a estar solo. Es más, si pudiera abandonarme, dejarme a la deriva, no lo negaría ni un segundo. Ahora entiendo a mis padres, hermanos, y ahora a ti. En estas circunstancias, el pasado pesa más de lo normal, el futuro parece más incierto, y el presente me produce una mayor ansiedad de lo acostumbrado. Los recuerdos me invaden, voces desconocidas surgen desde el interior, las heridas producidas por las malas decisiones se abren y comienzan a sangrar como si recién me las hubiera hecho. Me comienza a arder el rostro y veo gotas de un líquido, que a la luz de la luna, luce escarlata. La decisión de la que más me arrepiento aparece. Estoy atrapado. Abro una ventana y simplemente salto. Cuando me ves en aquel deplorable estado, con las extremidades fracturadas y el rostro sobre un charco de sangre, decides saltar también, sin razón, sin motivo. Supongo que también quisiste saber que se sentía bailar al compás del viento, tal y como lo hacían las hojas cuando estábamos sentados en el banco que está frente al estanque, en el parque que queda a unas cuantas librerías y pastelerías de distancia de nuestra casa.

Fin

La Dama de la Juan

- Dayana Paola Cabra Galeno -

Cada día trae una nueva historia, un nuevo porvenir, una nueva oportunidad...

Ricardo, un joven trabajador amante de su oficio, vivía días comunes; otros, no tanto; pues, conocía historias que, gracias a su labor de comunicador, le permitían evidenciar en sus diferentes notas, videos y entrevistas, situaciones que para él eran fantásticas y extrañas. Pensaba constantemente en “esa clase de historias que le ocurren al resto del mundo, pero nunca a uno”.

Eran las ocho de la mañana, Ricardo llegó a su oficina lleno de energía, instaló sus equipos, preparó sus apuntes y preguntas para las entrevistas que se avecinaban, ya que se celebraba en la universidad un evento importante en conmemoración de las personas víctimas del

conflicto. Al sentarse, revisó el material de conferencias pasadas, relacionadas con el tema, encontrando algo singular; de inmediato, llamó al profe Alfredo y -mientras charlaban- notó en su pantalla un extraño brillo que captó su atención. Resultó ser una moneda, pero al levantar su mirada vio una chica pasar, nunca antes la había visto, parecía ser del programa de trabajo social -ya que portaba un uniforme azul-. Lo dejó tan cautivado la belleza natural de aquella mujer, era pelirroja con un cuerpo esbelto, emanaba magia. Realmente, alguien que logró atraer a Ricardo.

No tardó mucho en querer buscar más información de ella, empezó a indagar, pero sin suerte... Se le ocurrió dictar un curso de fotografía dirigido especialmente a los estudiantes de trabajo social, pero ella nunca se presentó, hasta sacó un sofá que estaba en su oficina para trabajar desde el pasillo. Se ofrecía para cubrir todos los eventos relacionados con trabajo social (¡los hombres llegan a parecer desesperados cuando les interesa conocer a alguien!), sin embargo, lo único que consiguió fue las burlas de sus compañeros por esperar a alguien que solo él había visto. Incluso, llegó a ser tildado de loco, pues aquella mujer nunca pareció existir, y menos con las características con las que Ricardo describía a su enamorada.

Encontrar aquella chica tan misteriosa, se le había vuelto una gran obsesión, pues desde aquel día de su repentina aparición no le había vuelto a ver. En las

noches, le soñaba, pero justo cuando trataba de hacer contacto con ella, despertaba.

¿Han escuchado eso de encontrar aquello sin estar buscando? Justo esto fue lo que le ocurrió a Ricardo, pues ya habían transcurrido seis meses y él perdió la esperanza de encontrarle. Se sumergió en su trabajo, perdió la noción del tiempo entre ajustar noticias, editar audios y redactar comunicados. El reloj marcaba las 9:00 de la noche y el trabajo no parecía terminar. Observó la ventana, el frío se filtraba entre las rejillas y por su mente pasaron las misteriosas historias que sus compañeros solían contar cuando se quedaban en las noches. Recordó cuando Melisa, la diseñadora, escuchó algunos pasos en el pasillo, pero al salir nunca vio nada; o cuando Jorge, el webmaster, se había quedado realizando algunos trabajos pendientes y, al pasar por el baño, escuchó la cisterna vaciarse, pero al ingresar no había nadie. Esa clase de historias sin explicación, que escuchaba seguido, llenas de misterio queriendo ser averiguadas, un enigma queriendo ser resuelto... Ricardo no creía en sucesos paranormales, su incredulidad respecto a aquellas situaciones lo hacían sentir fuerte ante cualquier suceso fuera de lo normal.

Algo le incomodó en el bolsillo, introdujo su mano, y encontró la moneda con el brillo extraño. Al levantar su mirada, ella reapareció... Pasaba por el pasillo, su brillo era inigualable; su sonrisa, perfecta; parecía que a su paso todo se iluminaba. Como un sueño hecho realidad,

ella entró en su oficina y entablaron una conversación que duró toda la noche. Desde entonces, Ricardo fue raptado por, la que denominaron, la Dama de la Juan. Su oficina quedó intacta, su carné nunca marcó la salida, pero no se encontró rastro alguno de él.

Se preguntarán qué fue aquello que Ricardo le dijo o cuál era el misterio que escondía aquella joven; no obstante, como tantas cosas, fue un secreto; y al final, simplemente sin explicación alguna, ninguno de los dos volvió a verse en la Fundación Universitaria Juan de Castellanos. Así no más, el joven comunicador dejó su leyenda: ¡encontró el amor con el cual desapareció para toda la vida!

Fin

El Joven de las hojas

- Karen Dayanna Gil González -

Tiempo atrás, en uno de esos lugares envueltos por las montañas, donde fácilmente se confunde la realidad con los sueños, existió un joven llamado Arboris, algo flaco, algo alto, que pasaba sus días cuidando de su hogar, en especial su jardín y sus cultivos a los que tanto se dedicaba. Por alguna extraña razón, siempre le había gustado mantener una estrecha relación con la naturaleza, y aunque vivía un poco aislado de las demás personas, no carecía de amor; y esto se podía evidenciar siempre que Kadaj, su amiga, iba a visitarlo. Era la única hija del rey, una chica pelirroja que le gustaba hacerse amiga de las personas.

Desde muy pequeños, solían encontrarse cerca de una cascada que a él lo refrescaba y llenaba de vida, para ella era el más bonito paisaje, algo que no podía ver desde

su castillo, cada encuentro era una nueva aventura, se tomaban horas enteras persiguiendo ardillas, buscando frutas, explorando el bosque.

Un día en la temporada de rosales, Arboris se sintió ansioso por mostrarle a su amiga una rosa extraña que había nacido en su jardín, corrió hacia la cascada esperando a que llegara, pero anocheció sin que hubiera algún indicio de ella. Al cabo de varios días sin saber de Kadaj, se sintió preocupado y tomó la decisión de ir a verla al castillo. Al llegar, se encontró con la terrible noticia de que ella había caído en una maldición o enfermedad, no se sabía qué era, buscaron ayuda de yerbateros, médicos, pero nadie resolvió lo que le sucedía, lo único cierto era que esta amigable chica ya no reconocía a nadie.

Arboris recordó que, en algún momento de su vida, había escuchado hablar de un ermitaño, que según decían, sabía bastante sobre malestares en las personas. Armado de valor y unos cuantos duraznos, comenzó su búsqueda. Se internó en lo profundo del bosque, más allá de aquellos lugares que frecuentaba con Kadaj, donde lo alto de los árboles apenas dejaba pasar unos rayos de sol.

Pasaron muchos amaneceres sin encontrar rastro de su búsqueda. Un día, agotado y casi que sin ánimo, se encontró con un precipicio, parecía que este no tenía

fondo y al parecer sería el final de su viaje. Pero, al mirar detenidamente al otro lado, unos movimientos extraños en aquella neblina llamaron su atención, el haber pasado tanto tiempo en el bosque lo había hecho sentir que los árboles le susurraban y en ese momento le decían: “Camina hasta el otro lado, todo estará bien”. Él pensó que era una locura, pero algo lo llenaba de confianza para hacerlo; empezó a caminar y casi que en un parpadeo ya estaba al otro lado, se encontró en un sitio que ni en sus sueños tenía cabida, había una cabaña, se veía vieja pero no descuidada, algo de ella le resultaba familiar como si hubiera estado ahí antes.

Se encontró con un hombre algo mayor, que a su llegada le dijo –“ha sido un largo viaje, ¿no es así?”– Aunque le causaba intriga de por qué aquel hombre sabía sobre su viaje, no se dejó intimidar, y le contó que había emprendido este viaje para ayudar a su amiga. El hombre le respondió que había sido valiente al enfrentarse a cosas desconocidas y retos, que vencerlos permitía lograr sus propósitos, luego le dijo que la cura para Kadaj siempre había estado con él, que en realidad él era la cura. Arboris se llenó de dudas y aquel hombre vio eso en sus ojos, le contó sobre una pareja de enamorados que, a pesar de sus diferencias, habían sentido amor y este era tan grande que dio un fruto, era su propia historia. El hombre era un mago, su amada era la madre tierra, y el resultado de ese amor era aquel joven. Seguía confundido por lo que el mago le reveló, comprendiendo la afinidad que tenía con la naturaleza, conoció su origen

y por qué nunca había tenido una familia. Nació como una semilla y creció como un hombre.

La preocupación por Kadaj, hizo que regresara pronto. Al llegar al castillo, encontró que ella no tenía ninguna mejoría, sintió tristeza y como forma de agradecimiento por ser su única compañía la llevó a aquella cascada donde se había forjado su amistad, allí la abrazó derramando algunas lágrimas sobre ella, hasta que se quedaron dormidos. En la mañana, una última lágrima cayó sobre su rostro. Cuando ella despertó, estaba bajo un árbol rodeada de ramas, miró alrededor dándose cuenta que estaba en la cascada, el lugar donde compartían aventuras, pero él no estaba, comprendió que esas ramas eran el abrazo de su amigo y sus lágrimas la cura a su enfermedad, recobrando todos sus recuerdos.

Fin

Un viejo y desgastado vaso azul... y plástico

- Ana Betzabé Manrique Bustacara -

¿Sabes cómo me encantaría empezar este cuento?, con había una vez... como un cuento de hadas, con todo un mundo de fantasía, un mundo donde la felicidad es posible, un mundo donde la vida, el amor, la convivencia, coexisten; pero por ahora, ese no es nuestro cuento, a decir verdad este ni siquiera es un cuento porque cómo podría serlo, cómo escribir sobre fantasía, alegría y felicidad en un país de corrupción, indiferencia, lágrimas y dolor, ¿cómo podrías saber lo que es romper un corazón o desangrar el alma?, ¿quién, para vivir, querría pagar con la vida de padres, hermanos o... abuelos?

Ángel Ramiro es un niño colombiano, que vivía en las montañas del centro oriente del país, por allá por el

norte de la Cordillera Oriental, donde todavía no sabría calificar qué es lo que más duele, el frío de esas impene-
trables y majestuosas montañas o el olvido y la indife-
rencia del gobierno nacional; es triste el contraste que
se encuentra en este país, por una parte la supuesta
gloria y dinero obtenido por la corrupción de los polí-
ticos, que reina rampante en el tiempo, comparado con
tan solo una desgarradora historia... la de Ángel que,
a sus siete años de edad, tuvo que vivir la inclemen-
cia de una guerra que solo fue para unos pocos, pero
con la indiferencia no de muchos sino de la gran mayo-
ría de nosotros; porque era preferible la comodidad que
ofrece la ciudad a los desagravios que traería el luchar
por la paz... ¡y la lucha por una paz para otros!

Ahora, Ángel tiene doce años. Su aspecto físico llama la
atención, es de cabello claro, cara redonda, piel rosada,
ojos verdes, su sonrisa lo delata en una tristeza que
quiere ocultar, probablemente es por su carga emocio-
nal; su carácter lo hace parecer de más edad, de unos
dieciséis o tal vez dieciocho años, su pensamiento lo
hace de carácter un poco fuerte; sí, físicamente es fiel a
las raíces de esa tierra del norte de Boyacá; fue acogido
por su tía, quien, también, víctima de la violencia, aban-
donó todo lo que tenía en su pueblo natal para salvar la
vida de su hija. Viven actualmente en Duitama, ciudad
donde al menos protegen sus vidas, estudian, comen,
trabajan, se pueden mover, por ahora, atrás quedó el
miedo, la zozobra, el temor... el dolor, las lágrimas.

Al tocar la puerta, me atiende Ángel. De inmediato, pregunto:

- ¿Hola, cómo estás? A lo que él responde:
- Bien, gracias ¡la estábamos esperando! siga por favor.

Entro, me acogen y como dije antes, fieles a sus raíces me ofrecen una aguadepanela, herencia de nuestros campesinos, en atención para con sus visitantes.

Hablando de todo un poco, para entrar en confianza con Ángel Ramiro y para que sus respuestas sean en lo posible fieles a lo acontecido ese día, le pregunté:

- Dime Ángel, ¿qué recuerdas de ese día? Veo que se acomoda en su silla y me responde:
- Ese día era el cumpleaños de mi hermanita Isa. Estaba cumpliendo once años. En los cumpleaños, mi mamá acostumbraba prepararnos un almuerzo especial –clava su mirada en el piso, tratando de recordarlo todo, no quería olvidar ningún detalle– esa mañana, temprano acompañé a mi mamá a ordeñar las vacas –porque yo era el hombre de la casa, dice, y sonrío, parece que son gratos recuerdos– además el lechero pasaba y teníamos que dejarle la leche en el camino, para cuando pasara.

Ayudé a remudar las vacas y a darles agua, a eso iba, y también a jugar con mi perro, Boxter, un lindo cachorro labrador que me regalaron.

Ese día, todo el tiempo era para atender y consentir a mi hermana, esa era la regla: quien cumplía años, no hacía nada. Yo tenía que recoger los huevos, echarle la granza a las gallinas, también tenía que ayudar en la cocina.

De pronto, llegaron unos soldados, sus ojos se ponen vidriosos, quiere contener el llanto, y continúa; uno de ellos, el que iba atrás, estaba cansado y me dijo:

- Niño, ¿me regalas un vaso con agua?, por favor.

Yo le dije que sí, con la cabeza y me fui corriendo para la cocina. Tomé un vaso azul de plástico, fue lo primero que vi; y se la di. Él se la tomó toda de un sorbo, me devolvió el vaso y me dijo:

- ¡Gracias! y se fue trotando.

No pasaron más de dos horas –me mira y me asegura, porque ya olía a almuerzo–, y llegaron los “muchachos”, así les decían, y entonces, entraron y empezaron a patear, a gritar y a insultar a mi mamá, le empiezan a preguntar que si estaba ayudando al gobierno, que por qué

le había dado de comer a los soldados –yo me puse pálido y corrí hacia donde estaba mi mamá, pero alguien me pegó y ya no corrí, supe que la culpa era mía, yo le di agua a ese otro señor, yo grité: ¡le di agua, pero solo fue agua, nada más!– Sus recuerdos traen lágrimas cargadas de dolor, grandes lágrimas de recuerdos que duelen, de un pasado que duele, entonces abraza a su tía y continúa con su relato:

Mi mamá también gritaba que no les hicieran nada a sus hijos, que con ella hicieran lo que quisieran.

Recuerdo que hicieron un círculo y empezaron a golpearme, unos me empujaban, otros me abofeteaban, otros me daban puntapiés; todos repetían que me iban a dar una lección para que dejara de ayudar a esos... alguien me dio un golpe en la cabeza y no supe que pasó, solo sé que cuando desperté, vi que al soldadito se le escurrían las lágrimas, y me miraba triste, me abrazó –yo sentí tanto dolor que me quejé–. Me bajaron al hospital de Guicán, no volví a ver ni a mi mamá ni a mi hermana. Unos días después, mi tía fue por mí y desde entonces estamos juntos. Interviene la señora Rosa y lo anima a decir lo que piensa de la paz. A lo que él, se recompone, y toma la palabra diciendo:

- Yo, señorita, no soy capaz de perdonar, pero tampoco soy capaz de llevar en mis hombros y en mi corazón la carga de la guerra, donde mueren,

niños, mujeres, hombres y ancianos; prefiero dejar que el tiempo, señor del olvido, guarden este doloroso recuerdo. Yo no puedo dejar de escuchar los gritos de mi mamá y mi hermanita, siento que me ahogan, que se hace pequeño mi pecho y quiero morirme al recordarlas, y lo peor, sentir que fue mi culpa –por ese miserable vaso azul plástico– que al menos no me una a la indiferencia y que por mi dolor, se pierdan más vidas.

Fin